

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°16. Año 6. Diciembre 2014 - Marzo 2015. Argentina. ISSN: 1852-8759. pp. 56-65.

Miedos: ¿Cuál es el peligro?

Fears : Which is the danger?

Flabián Nievas*

CONICET (IIGG-UBA), Argentina
flabian.nievas@gmail.com

Resumen

En este artículo expongo de manera sucinta la diferenciación entre miedo individual y miedo social, y la vinculación de ambos con el orden social y político. A partir de ello, presento la forma histórica en que se comenzó a intervenir sobre los mismos en el marco de la Segunda Guerra Mundial, tras cuya finalización se constituyeron agencias diferenciadas para la intervención en el campo político-social y militar, y en el ámbito del mercado. Finalmente realizo consideraciones sobre la situación actual en nuestro país, y repasamos las posiciones típicas sobre el fenómeno.

Palabras clave: Miedo Individual; Miedo Social; Orden.

Abstract

In this article I discuss briefly the distinction between personal fear and social fear, and linking both to the social and political order. From that, I present the historical way in which he began to intervene on them as part of the Second World War, after whose completion agencies differentiated for intervention in the socio-political and military fields were formed, and the market area. Finally I make considerations on the current situation in our country, and we review the typical positions on the phenomenon.

Keywords: Individual Fear; Social Fear; Order.

* Lic. en Sociología, Magíster en Investigación Social y Dr. en Ciencias Sociales (UBA). Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Sociales y del Ciclo Básico Común, UBA. Investigador Independiente de CONICET.

Miedos: ¿Cuál es el peligro?

*Lo contrario del amor
No es el odio ni el dolor
Es el miedo.¹*

El caso

El viernes 10 de octubre unos obreros municipales instalaron vallas metálicas fijas (guardarrieles) en los extremos de las calzadas del barrio “Intendentes”, de la localidad de Villa Martelli, partido de Vicente López, en la provincia de Buenos Aires. Tales vallas impiden el acceso de vehículos al barrio, toda vez que atraviesan cada una de las calles, dejando solamente dos lugares para acceder o salir del mismo. De esta manera, el barrio queda cerrado a los vehículos, salvo por esas dos entradas que dan a la calle Zufriategui. El barrio ocupa un pequeño espacio triangular, cuyos catetos (Zufriategui y Manso) son de aproximadamente seis cuadras, siendo la hipotenusa la calle San Juan Bautista de La Salle, que es la vía colectora de la autopista General Paz, límite entre provincia y Capital. El barrio es un enclave de un sector socioeconómico más alto que el promedio de Villa Martelli, una localidad que aún conserva su fisonomía industrial.

La colocación de las vallas dividió a los vecinos. Los que las pidieron, lo hicieron como medida de seguridad, para prevenir delitos en el interior del barrio, ya que presuntamente los delincuentes utilizan la vía rápida de General Paz para su huida. Quienes se oponen, argumentan que tal medida perjudica a los propios vecinos, que tienen dificultades para desplazarse —ya que no impiden la circulación de motos—, denuncian la falacia de la seguridad ya que tales vallas no impedirán los robos, presentan la paradoja de que con tales vallas dificultan el ingreso de

patrulleros, bomberos y ambulancias, con lo cual se disminuye la seguridad, y finalmente invocan el derecho constitucional al libre tránsito.

Las razones de quienes se oponen resultan contundentes, poniendo en el debate entre vecinos a los promotores de la medida en una situación muy débil, pues sólo atinan a sostener que son constantes víctimas de delitos. Pero más allá de las posiciones de los vecinos, lo notable es que el municipio haya tomado en sus manos tal medida, cuyo fin no puede sino ser el fracaso, dado que si no disminuye el delito quedará demostrada su inocuidad, y si lo redujese, debería enfrentar la paradójica e incumplible demanda de vallar todo el distrito.

La medida es, a todas luces, tan desatinada e irracional que debe ser entendida en el contexto en que se produjo: el miedo difuso y generalizado que se lo suele llamar “inseguridad”.

Miedo y razón

Que vivimos en el mundo más seguro y previsible que conoció cualquier generación humana es algo bastante conocido, y cualquier historiador podría ilustrar largamente cuán menos segura era la vida humana en cualquier época pretérita. Que, en particular, en Argentina hay una de las tasas más bajas de homicidios dolosos del continente, es algo que atestiguan tanto observatorios privados como las estadísticas oficiales de la Organización de Estados Americanos: según Alertamérica, el Observatorio Hemisférico de

¹ “Ea ea, apepé”, Cuatro pesos de propina.

Seguridad de la OEA, nuestro país es el quinto más seguro de los treinta y cuatro países del continente y el segundo de los once de Sudamérica.² Pero todo eso es tan cierto como que la sensación de inseguridad está sumamente extendida. Y siendo este fenómeno tan real como los otros, merece un análisis más minucioso.

Primeramente debemos diferenciar el miedo individual del social. El miedo que siente cualquier individuo es una reacción primaria de autoconservación, emergente ante situaciones que se perciben como amenazas, con independencia de si efectivamente lo son o no. Esta reacción se origina en el hipotálamo —la más primitiva de las tres regiones cerebrales, también conocida como cerebro reptil— hiperestimulando la liberación de adrenalina y noradrenalina (también llamada noradrenalina), cuyos efectos son contrapuestos aunque asociados. En su célebre trabajo sobre la violencia colectiva, el eutólogo Henri Laborit afirma que la adrenalina “es la neurohormona del *miedo*, que desemboca en la acción, huida o agresividad defensiva, mientras que la noradrenalina es la de la espera en tensión, la [que produce la] *angustia*, resultado de la imposibilidad de controlar activamente el entorno” (Laborit, 1986: 50). La preeminencia de uno u otro neurotransmisor es relativamente imprevisible y caótica, aunque estaría asociada a sistemas complejos como la personalidad, la percepción evanescente de la situación, la constitución fisiológica y los balances químicos del organismo. Como se observa, las reacciones que desencadena una u otra son contrapuestas: la acción inmediata o la inmovilidad, por lo que ambas respuestas son, “haciendo una analogía con el campo militar, tanto una defensa activa (adrenalina) como una defensa pasiva (noradrenalina)” (Nievas y Bonavena, 2010: 24).

Estas sensaciones, de las que nadie ha estado exento, son, sin embargo, muy diferentes al miedo social. Este supone una sinergia que no existe en el miedo individual. Ese plus sinérgico emana, probablemente, de la no localización concreta de lo amenazante, ya que se potencia “cuando es difuso, disperso, poco claro [...]; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero re-

sulta imposible de ver en ningún lugar concreto” (Bauman, 2007: 10)³. De modo que aunque no son directamente asimilables, ambos niveles tienen un grado alto de asociación, toda vez que el miedo social tiene anclaje en lo neurofisiológico, con lo cual, en principio, las respuestas que genera quedan por fuera de la razón, ya que ambas son primarias, pero no idénticas. El miedo individual produce reacciones físicas incontrolladas, mientras que el miedo social genera discursos sin base racional, que no necesaria ni inmediatamente se traducen en acciones, que por ser colectivas, son políticas.

Aquí merece traer en auxilio algunas reflexiones del fundador del psicoanálisis: el miedo está en la base de la razón, es el fundamento de la misma. La razón se explica, así, desde la sinrazón (Freud, 1991). La razón no se explica a sí misma, sino que emerge del terror originario. La variación de los umbrales del miedo implica, en consecuencia, una alteración de la razón, entendiendo por ésta no la arquitectura formal de proposiciones coherentes, sino la posibilidad de existencia de tal conformación: el espacio de lo decible, de lo imaginable, de lo pensable. Dichas alteraciones se expresan, concordantemente, en entramados de razón novedosos. Y cada entramado de razón construye su otredad, su propia sinrazón (Foucault, 1990).

Miedo y orden político

Como todo fenómeno social, el miedo también es objeto potencial de intervención. La política tiene una relación íntima con el miedo desde su propio origen. La política desplaza a la guerra efectiva, pero siempre convoca a su amenaza. El ordenamiento estatal siempre ha sido garantizado por el uso latente o efectivo de la fuerza, más allá de qué orden sea en el que se inscribe.

En la Modernidad el gran teórico ha sido Thomas Hobbes, quien fundó su arquitectura argumentativa sobre el fundamento de la fórmula *homo homini lupus* (1999); el hombre debe desconfiar de sus congéneres, pues es su propio predador. La política, entonces, es la garantía de elusión de la violencia, la clausura del miedo. Coincidente con este planteo, un siglo y medio después, Clausewitz (2005)

² La tasa de homicidios dolosos cada 100.000 habitantes es de 1,55 en Canadá; 3,15 en Chile; 4,62 en Surinam; 4,68 en Estados Unidos de Norteamérica y 5,5 en Argentina. Datos oficiales de Alertamérica.org, en <http://www.oas.org/dsp/observatorio/database/indicadorsdetails.aspx?lang=es&indicator=17> [consultado el 11/11/14]

³ Este autor lo llama miedo de “segundo orden” o, siguiendo a Hugues Lagrange, “derivativo”: “un miedo —por así decirlo— «reciclado» social y culturalmente” (Bauman, 2007: 11).

dirá que la guerra es la continuación de la política por otros medios:⁴ cuando es necesario llegar al ejercicio de la fuerza porque la mera amenaza no funciona. Claro que Clausewitz (2005) enfocaba limitada esa eventualidad únicamente a la relación entre Estados soberanos, desdeñando la posibilidad de la guerra civil, sobre la que no tematiza en su estudio sobre la guerra. Pero esta situación, que expresaba un nuevo equilibrio post-westfaliano, según el cual se radiaba la violencia interna a los márgenes de los Estados (únicos legítimos agentes de la misma y, por lo tanto, potenciales contendientes entre sí), no es la que se encuentra de manera nítida en las últimas décadas, en las que los combatientes no estatales han pasado a tomar el centro en las confrontaciones militares incluso contra las propias fuerzas estatales. De manera que las regulaciones del miedo también han variado en su complejo anclaje.

En su origen, el advenimiento de la Modernidad y su arquitectura política arquetípica, el Estado nacional, trajeron consigo la promesa implícita de la paz interior⁵, e incluso la utopía de la desaparición de las guerras. Fue tan potente esta presunción que hasta Kant se animó a escribir *La paz perpetua*, estableciendo un razonamiento que aún se prolonga en la teoría de la “paz democrática”, que postula que los regímenes democráticos son menos propensos a la guerra agresiva que los regímenes gubernamentales no democráticos⁶. También Adam Smith (2010) había razonado en sentido similar, aunque poniendo más énfasis en el comercio.

Sin embargo, aproximadamente tres siglos después, el panorama es otro. El ordenamiento político logrado entonces, fundado en una regulación específica de los temores, ha venido corroyéndose y es ne-

cesario dar cuenta de las nuevas formas que van apareciendo, lo cual es una tarea relativamente compleja y con grandes incertidumbres.

Miedo y política

El miedo, tanto el individual como el social, aparece como respuesta a un estímulo, aunque mediante mecanismos diferentes. En el caso personal, es una reacción no controlada voluntariamente que se desencadena desde la región del hipotálamo. En el caso del miedo social, menos intenso vivencialmente pero más extendido en cuanto a las situaciones a las que afecta, se suele asentar en razonamientos –correctos o falaces– y es, por lo tanto, menos dependiente del automatismo neurofisiológico, como lo es el miedo individual.

La política, como práctica, se asienta en gran medida en una disputa por el miedo: sea exacerbándolo, sea mitigándolo. Cualquier candidato tratará de mostrar que brinda seguridad –en sentido amplio: económica, jurídica, laboral, etc.– y de evidenciar que el resto del espectro carece de tal atributo. La confrontación con el caos, aunque fantasmagórica, suele suscitar fuertes adhesiones. La ingeniería simbólica es, en consecuencia, tratar de asociar los temores a los rivales, y la seguridad a la propia figura. Esto es parte de la práctica política habitual en épocas cercanas a los comicios: desde hace tiempo que ya no comiten propuestas de gobierno, entendidas como programas diferenciales, sino figuras que ofrecen seguridad en el amplio sentido dicho.

Fuera de la competencia electoral no son los candidatos, sino el “régimen” político –entendiendo por tal al sistema político más sus agentes: es decir, el cuerpo dirigente en su totalidad, tanto dirigentes estatales como corporativos, y otros intelectuales orgánicos– quien gestiona el miedo de una manera más eficaz, por cuanto resulta mucho menos percibido en general. Desde esta imposición los cambios son concebidos como imposibles, ya que el orden existente se presenta como el único posible, y cualquier alternativa queda, o bien fuera de lo pensable, o bien fuera de lo que brinda seguridad. En gran medida, este fue el tema sobre el que polemizó Lenin en su *¿Qué hacer?*, cuando indicaba que la clase obrera, por sí misma, no puede alcanzar un grado de conciencia que implique el cambio de sistema, lo que sólo podía ser asequible a intelectuales –esto no es debido a ninguna condición neurofisiológica, sino a que por su si-

⁴ “[...] la guerra no es sólo un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación del tráfico político, una ejecución del mismo por otros medios.” (Clausewitz, 2005: 31).

⁵ “[...] el establecimiento de fronteras territoriales reconocidas, que permite distinguir con precisión entre el interior y el exterior. [...] En este trazado de los límites territoriales se basa [...] la clara diferenciación entre guerra y paz. Unas fronteras precisas son la premisa para que no exista una tercera situación entre paz y guerra. [De tal modo] el Estado [...] estaba en situación de trazar una clara línea divisoria entre la violencia permitida, dentro del marco de las acciones bélicas, y la violencia criminal” (Münkler, 2005: 50, 51 y 53).

⁶ Resultan notables los esfuerzos que hacen dichos teóricos para sostenerla contra la evidencia empírica en contrario. El primer “parche” es que este postulado se cumple entre regímenes democráticos, no entre una dictadura y una democracia; el segundo es que el carácter democrático no refiere a atributos mensurables, sino a la percepción mutua de los mismos, con lo cual reenían toda observación a una subjetividad inasible.

tuación de clase, los obreros están compelidos a actuar dentro de los estrechos márgenes delimitados por el miedo que genera la precariedad de su situación existencial—. Esta imposibilidad de concebir, imaginar o aún desear un cambio social queda, así, radiado de la conciencia. El miedo emerge como obstructor de cualquier posibilidad en dicho sentido.

Sin llegar a tal extremo, ya Freud había tematizado sobre el espíritu gregario y conformista del animal humano (Freud, 1993), una forma primaria de conjuración de los peligros y atenuación del miedo, y asociaba dicha característica a una disminución de la actividad intelectual, al tiempo que señalaba que “el rebaño desautoriza todo lo nuevo, lo inhabitual” (Freud, 1993: 112). De este modo establecía la propensión humana a la reiteración, a la quietud, en definitiva, a permanecer en la seguridad de lo conocido. Esta reacción está dictada por el terror primigenio: lo desconocido se siente siempre como amenaza potencial. Hasta las fantasías más absurdas cobran sentido pleno en este marco⁷. El miedo es un poderoso operador.

Los regímenes políticos, cualesquiera que sean estos, articulan dispositivos de exacerbación y disminución de los miedos sociales. En contraposición al miedo al cambio están los sacrificios, individuales y colectivos, en nombre de la patria. El máximo exponente se ve en las guerras: aunque los miedos individuales están en su punto más alto, el miedo colectivo se encuentra diluido, particularmente en el frente de batalla. Los riesgos que se asumen individualmente se licuan en la acción mancomunada, que se fusiona en una entidad mayor. El soldado, aun temiendo por su vida, actúa como miembro de un colectivo. Se trata del tan conocido *esprit de corps*, que no sólo existe en los ejércitos, pero que en ellos encontramos su manifestación más acabada. Se percibe así con claridad la enorme potencia que tienen tanto la exacerbación como la mitigación del miedo, y también lo disociados que pueden estar el miedo individual del social. La figura del héroe cristaliza esta separación: es aquél que ha superado el miedo individual —a la muerte o a la mutilación— en función del miedo social —a la pérdida de la guerra, la catástrofe, etc.—.

⁷ Son sumamente ilustrativos de esto las ornamentaciones de mapas medievales, que situaban en el océano atlántico míticos monstruos que devoraban naves y marinos, y de cuya existencia no se dudaba, toda vez que en cada ocasión que una nave se internaba en el mismo era bastante habitual que no volviera —lo que resulta fácilmente explicable por la inadecuación técnica de dichas naves para la navegación oceánica—, lo que constituía, en la concepción de esas generaciones, la corroboración “fáctica” de la existencia de tales monstruos.

Mecanismos del control del miedo social

La instauración de la habitualidad es la forma más corriente de mitigación de los miedos, debido a que la circulación por ámbitos que conocidamente carecen de peligros nos distiende y nos permite canalizar las energías que utilizaríamos en la tensión vigilante a otros fines. Lo mismo ocurre con los gestos y las prácticas que se ritualizan. Los ritos aportan tranquilidad. A tal punto es así, que la habitualidad se puede oponer de manera flagrante al cálculo racional, no obstante lo cual no merma su eficacia. Un buen ejemplo de esto es la desconfianza que suelen suscitar los medicamentos genéricos, cuyas drogas activas son las mismas que las que utilizan los laboratorios más conocidos, y en las mismas cantidades —sólo varían los excipientes, que son inocuos—, pero que su menor precio genera desconfianza, lo que lleva a tender a eludir su uso⁸.

Sin embargo la habitualidad no surge únicamente de la mera reiteración de prácticas, ámbitos y/o circunstancias, en cuyo caso es relativamente fácil de entender, sino que también puede ser un efecto inducido invirtiendo el orden secuencial: se genera la sensación de habitualidad —eliminando o mitigando las alarmas, es decir, regulando el miedo a su mínima expresión— y el efecto de la misma es la repetición de las prácticas, ámbitos y/o circunstancias. Para alcanzar este desarrollo fue necesario derribar un mito fuertemente instaurado por el Iluminismo: el mito del hombre racional, cuya expresión más acabada es el *homo oeconomicus*, ese sujeto imaginario que toma decisiones racionalmente instrumentales en base de la información disponible, optimizando la acción en función de los recursos existentes y de los fines buscados.

Ya Weber había tomado nota de la restricción de esta concepción cuando estableció su tipología ideal de acciones sociales; sólo dos de los cuatro tipos son racionales, uno de los cuales está sujeto a valores —que por definición están por fuera de la racionalidad—. Pero, además de lo afectivo y las costumbres, los dos tipos de acción racional —con arreglo a fines o

⁸ En casos extremos se ha llegado a la protesta pública en contra del uso de medicamentos genéricos. En Panamá “un grupo de pacientes de trasplante que reciben atención en las instalaciones del Complejo Hospitalario de la Caja de Seguro Social (CSS), protestó a eso de las 11:00 a.m. de ayer [24/9/14], en oposición al uso de medicamentos genéricos en sus tratamientos.” <http://www.diaadia.com.pa/notas/1647163-desconfianza-por-los-genericos> [consultado el 4/11/14].

a valores— bien pueden no estar sustentadas en juicios, sino de prejuicios. Este fue el gran avance ocurrido el siglo pasado.

Los orígenes de estas técnicas no son totalmente claros, pero se sabe que su elaboración comenzó de manera inequívoca en los equipos conformados durante la segunda guerra mundial con el fin específico de realizar inteligencia —un concepto nuevo entonces, más abarcador que el espionaje, al que incluía—, una de cuyas funciones era la de generar propaganda en dos sentidos opuestos: procurando elevar la moral de la población y las tropas propias, y de minar la moral de la población y las tropas enemigas (Newcourt-Nowodworski, 2006). Aunque esto no constituía una novedad absoluta, sí fue la primera vez que se tomó esta actividad como un fin en sí mismo, y se constituyeron agencias específicas para ello. Estas agencias elaboraron técnicas de persuasión, que tuvieron continuidad, posteriormente, en ámbitos que hoy nos cuesta asociar: algunos fueron reabsorbidos por los nacientes servicios de inteligencia⁹, y otros se instalaron en el ámbito privado, en los embriones de las investigaciones de mercado¹⁰. Como suele suceder, los sucesos ocultaron vergonzantemente sus orígenes que consideraron espurios y enfatizaron la imagen de su vínculo con el desarrollo de las teorías y métodos funcionalistas, cuyo carácter académico resultaba más noble e impoluto¹¹.

El funcionalismo, por su parte, desarrolló una metodología de investigación de indisimulado parentesco con el taylorismo, en tanto ambos son formas de transcripción de actividad humana en matrices paramétricas de códigos de lógica formal. La asociación de ambas tradiciones dio lugar a las actuales investigaciones de mercado. Lo interesante de este dispositivo, altamente racional, es que instala su actividad en el reconocimiento de lo no racional de la conducta

humana; sin eufemismos advierten “que es peligroso suponer que la gente se comporta de manera racional” (Packard, 1966: 22).

Con este supuesto como base desarrollaron estrategias de comercialización agresivas y llamativamente anti-rationales —comprobaron, por ejemplo, que ofreciendo dos unidades de un producto a un precio superior al doble del producto unitario, si se acompañaba de un cartel de “oferta” incrementaba las ventas, técnica que es profusamente utilizada actualmente—. Para lograr estos efectos, aparentemente paradójales, se induce a que la elección sea emotiva, o bien racional pero en base a parámetros emotivos, es decir, a la anulación de las alarmas que desencadenan el miedo. Un buen ejemplo es el miedo a volar, hoy muy diluido respecto a cuando comenzaron a expandirse las compañías aéreas, en la década del '50. Pese a todos los esmeros en el servicio, el público —mayoritariamente masculino— escogía el avión como transporte en muy bajo número. Se creía que era por miedo a morir en un accidente —entonces más frecuentes que ahora—; se hicieron test proyectivos y se descubrió que, más que el miedo a morir, era la culpa que les generaba imaginar el impacto de la noticia en sus familias. A partir de dicha información, se hicieron campañas apuntando no a los potenciales pasajeros, sino a sus esposas, remarcando que se abreviaba la ausencia en el hogar de su esposo si viajaba en avión (Packard, 1966: 76-7). Lo interesante de este caso es cómo se logró identificar y sofocar la fuente del miedo. Y este ejemplo puede multiplicarse por cuantos casos imaginemos¹². Este aminoramiento del miedo permite la expansión de los ámbitos mercantiles.

Similares mecanismos, pero inversos, son los que se usan en política. Esto es algo que no debería sorprender, dado que política y economía han tenido una separación conceptual relativamente tardía¹³,

⁹ Uno de los casos más conocidos es la continuidad entre el OSS (Office of Strategic Services), que dependía del Ejército, y la CIA, que se creó a partir de la disolución de aquel, pero en el ámbito civil (Winer, 2009: 27-83).

¹⁰ Obsérvese la similitud de ambos campos: “Socio-technicians study problems and recommend solutions for different types of social problems, but the practical responsibility to execute these solutions rests with politicians, officials, administrators, social workers and others. Ideally, in modern organizations —given that they are «rational» according to the Weberian model— these individuals should not conduct public affairs in light of purely empirical understanding, but in the light of studies and recommendations made by socio-technicians” (Lemozy, 2004: 474).

¹¹ Tampoco los ecologistas reconocen al nazismo como uno de sus grandes impulsores, ni las familias patricias argentinas recuerdan las prácticas de sus ancestros.

¹² Paralelismo y diferencias con éste lo encontramos en la activación del deseo para el consumo de productos de la industria de juguetes y de golosinas: no se apunta al consumidor adulto sino a sus hijos, ante quienes los adultos sienten temor reverencial a contrariar, ya que en su imaginario corresponder a las aspiraciones del niño es ser “buen padre”. Por un lado se estimula el deseo, y por el otro se incentiva el miedo.

¹³ El largo camino de la separación conceptual e institucional entre la política y la economía, culminó con la institución de ambas como ciencias autónomas, algo que ocurrió tras la Segunda Guerra Mundial. Agudamente señalan Wallerstein y otros que “la ciencia política como disciplina separada respondía a un objetivo ulterior: el de legitimar a la economía como disciplina separada. La economía política había sido rechazada como tema con el argumento de que el estado y el mercado operaban y *debían operar*

pero tan potente que la tenemos olvidada. No obstante, la observación de las ingenierías del miedo social, nos obliga a juntarlas nuevamente, aunque no en la forma de economía-política, sino a partir de esta peculiar bisagra que las une.

Decíamos que en política, por el contrario a lo que usualmente ocurre en economía, se azuzan los miedos¹⁴. Sabido es que no importa si la fuente de los mismos es real o imaginaria, el efecto es idéntico en ambos casos. La política —lo decimos en términos generales, porque la identificación particular puede ser siempre debatible, pero no cambia en absoluto el resultado general— se sirve, cuando no es fuente directa de estímulos, de las fantasmagorías populares. No es necesario argumentar sobre la fuerza que tiene el rumor, una vieja técnica para generar miedos sociales, sin importar cuál fue la fuente original, el efecto es sumamente poderoso. El mito de los OVNIs extraterrestres, que comenzó durante la “guerra fría”, ha sido muy útil para enmascarar pruebas secretas de diversos tipos¹⁵. Aunque funcionarios gubernamentales y militares han negado formalmente su existencia, siempre han permitido que quede un dejo de duda a la que se aferran quienes cultivan el mito. Es uno de los casos en que se deja persistir un rumor en beneficio de determinados fines políticos.

Pero no solamente se aprovechan miedos existentes. También hay múltiples ejemplos de su creación por parte de los gobiernos. El último de los más potentes es el miedo al terrorismo, muy instalado en algunos países¹⁶. El terrorismo, a diferencia de las visitas extraterrestres, existe realmente. Pero la probabilidad de ser víctima de esta práctica es mucho menor a la de sufrir un accidente fatal de tránsito. Si consideramos esto a escala mundial, los datos para 2010 muestran que ese año hubo 11.604 ataques terroristas en 72 países, que causaron 49.901 víctimas,

según lógicas distintas. Y ésta lógicamente requería, como garantía a largo plazo, el establecimiento de un estudio científico separado del espacio político” (Wallerstein *et. al.*, 2006: 23, destacado nuestro).

¹⁴ En la economía tal acción se ejerce en ocasiones en beneficio de la especulación financiera.

¹⁵ Tan poderoso es este mito moderno, que hasta la ciencia ha debido tomarlo y, desde 1975 se ha desarrollado y sostenido el programa CETI (Communication with Extra Territorial Intelligence), al que están afectados diversos observatorios a lo largo y ancho del planeta (Capanna, 2006: 82-6).

¹⁶ No está exento de sarcasmo el hecho de que “el miedo es la base conceptual del terrorismo [...]. El terrorismo [...] provoca, en efecto, determinadas reacciones psicológicas sobre una población sometida a su amenaza, sea ésta supuesta o real” (González Calleja, 2013: 43-4).

según indica el informe anual de Estados Unidos sobre terrorismo¹⁷. Estas cifras empalidecen si se comparan con un riesgo como lo es el de tener un accidente de tránsito, que anualmente causan la muerte de aproximadamente 1,3 millones de personas en todo el mundo. Los traumatismos causados por el tránsito son la causa principal de muerte en el grupo de 15 a 29 años de edad. A pesar de que los países de ingresos bajos y medianos tienen menos de la mitad de los vehículos del mundo, se producen en ellos más del 90% de las muertes relacionadas con accidentes de tránsito, según datos de la Organización Mundial de la Salud¹⁸. Pese a ello, en 2012 la industria automotriz proveyó al mundo de 15.670.000 nuevas unidades¹⁹, lo que pone de manifiesto la inadecuación en el tratamiento de ambos riesgos.

Sin embargo estas estadísticas no hacen mella en la permisividad que las poblaciones les dan a sus gobiernos para que usen recursos de manera discrecional y secreta en su combate al terrorismo. Hasta qué punto ocurre esto lo podemos ver en el caso canadiense —14° en gastos militares en 2011—, un país en cuyo territorio no se ha registrado ninguna actividad terrorista significativa, pero que solventó programas antiterroristas por 3.100 millones de dólares desde 2001²⁰. Los datos de gastos en estos programas suelen ser reservados, por lo que es sumamente difícil hacer una comparación, no obstante lo cual, se trata siempre de programas con una gran asignación de recursos que, obviamente, no se destinan a otras necesidades. No es necesario argumentar en la conveniencia que tiene para cualquier gobierno utilizar gastos reservados, ni los beneficios políticos que devienen de la restricción de libertades, especialmente cuando tales restricciones son avaladas por la mayoría de la población.

Nuevamente estamos frente a un fenómeno que no es racional, pero tampoco irracional; se trata de una racionalidad instrumental fundada en el miedo social que habilita estas decisiones —y otras aún peores, como la utilización de tormentos, que ha vuelto a ser legal en algunos países, retrotrayéndonos a prácticas pre-modernas—.

¹⁷ <http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/article/2011/08/20110819120857x0.7934774.html#ixzz2XSkIGVeM>, [consultado el 27/7/13].

¹⁸ <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs358/es/>, [consultado el 27/7/13].

¹⁹ http://www.motor.com.co/industria-en-marcha/cifras-del-comportamiento-de-la-industria-automotriz-mundial_12968022-4, [consultado el 23/8/13].

²⁰ <http://diarioelpopular.com/2013/05/02/canada-no-pudo-justificar-3-1b-en-financiamiento-antiterrorista/>, [cons. el 23/8/13].

La hipersensibilidad

Al comienzo dijimos que de acuerdo a cualquier parámetro objetivo que podamos tomar, nuestra sociedad es más segura hoy que en el pasado. Pero ¿qué significa exactamente eso? Cuando hablamos de “seguridad” no estamos refiriéndonos a la inexistencia de situaciones o cuestiones desagradables, perniciosas y/o que, de manera general, puedan ser significadas como negativas. Tal extremo es imposible. La seguridad está asociada a la previsibilidad. Ahí radica en buena medida la raíz de la disociación entre lo que se percibe y la realidad estadísticamente construida²¹.

Desde el conocimiento indirecto que nos brinda la estadística sabemos que hoy vivimos en el mundo más seguro que ha conocido la especie humana: ya no estamos necesariamente expuestos a la inclemencia de la naturaleza —hay fracciones de población que están socialmente expuestas, lo que se ve con claridad con fenómenos reiterativos y previsibles como inundaciones, sequías, terremotos, volcanes, etc., a los que no toda la población es vulnerable—, ni a plagas mortales, hambrunas generalizadas, u homicidios relativamente extendidos. Según Charles Tilly, “las tasas de homicidio en la Inglaterra del siglo XIII, por ejemplo, eran alrededor de 10 veces superiores a las de hoy, y posiblemente el doble de las de los siglos XVI y XVII. Las tasas de asesinato descendieron con particular rapidez desde el siglo XVIII al XIX” (1993: 110-111). En parte la profesionalización del ejercicio de la violencia, la urbanización creciente —el campesino suele disponer de elementos de trabajo que son armas, como hachas o machetes—, y la prohibición de los duelos, tuvieron un efecto en esta disminución.

En nuestro país, la vida en el siglo XIX era particularmente riesgosa fuera de los grandes centros urbanos. Tanto indígenas como criollos tomaban cautivos, muchos de los cuales terminaban sus vidas en dicha condición (De Marco, 2010). Y en el siglo XX sufrimos la experiencia de la contrainsurgencia, cuya lógica de aplicación escapaba al discernimiento de la población en general, lo cual suscitaba inacción y autocensura fundadas en el miedo a sanciones que podían incluir la vida.

No obstante, la manifestación generalizada de miedo social es mucho más potente hoy que hace unas décadas. Es necesario dar respuesta a esta aparente paradoja. Y para eso es necesario apelar a un

elemento externo, para evitar caer en la trampa usual de si vivimos menos seguros o si eso es una sensación falsa, tal como suelen plantearla habitualmente, en especial los dirigentes políticos.

En la medida que la vida es, en general, más previsible, también desarrollamos una mayor sensibilidad ante las situaciones que percibimos como “anómalas” o inesperadas. Una vida más dependiente de variables que no puede dominar y sobre las que muchas veces ni siquiera puede incidir, con menos previsibilidad, anula parcialmente esta sensibilidad, ya que las alertas tienen un umbral más elevado, acorde con las condiciones de existencia.

Esto indicaría que los mayores miedos se instalan en los sectores sociales medios, que no necesariamente son los más vulnerables ni los que más tienen que perder, pero sí son quienes se sienten con menos certidumbre, con su condición social siempre expuesta a los vaivenes macroeconómicos que pone en riesgo los pequeños privilegios.

Aquí es menester incluir el concepto de “sopordabilidad” (Scribano, 2008; Scribano y Vergara Mattar, 2009) —uno de cuyos componentes es la atenuación del miedo— que opera como la contracara necesaria de la sensación de “inseguridad”, enmascarando otras fuentes de riesgo, e incluso de daño real. La inseguridad focalizada en el delito doméstico, menor, sensibilizan las alarmas en el entorno inmediato, en la práctica cotidiana, y minimizan la exposición de otras situaciones o procesos potencial o efectivamente dañosos —o directamente insensibilizan su detección—.

¿De dónde surge el miedo social?

Muchas veces se señala a los medios de difusión masiva como responsables de instalar el clima de miedo social. Indudablemente la reproducción sistemática de noticias referidas a los delitos. Sin duda, tal repetición influye; pero también debe considerarse que los medios son empresas cuyo fin es el lucro, y no instalar agendas —aunque tengan un grado de incidencia en ello—. Con esto queremos poner en evidencia que los medios masivos de difusión muestran aquello que hay cierta avidez de ver. En tal sentido existe una dialéctica que no es posible desmontar en términos de causalidad monodireccional (Nievas, 2011).

No cabe, en consecuencia, asignarlos como fuente de los miedos sociales, sino más bien como reforzadores o incluso catalizadores de reacciones y

²¹ Una buena aproximación cualitativa de esta disociación puede verse en Kessler, 2009.

conductas que tienen orígenes diversos y de difícil localización.

Otros asignan la responsabilidad de manera indirecta de este miedo social a los jueces “garantistas”. Esta visión, fuertemente represiva, parte del supuesto –contra la evidencia empírica– de un aumento en la criminalidad²². Este cuestionamiento al aparato judicial, o a parte del mismo, tampoco toma registro del inocuo efecto que tuvieron las sucesivas reformas legislativas en materia penal, tendientes a la mayor severidad de las penas.

Finalmente, persisten asociaciones improbables –el delito se debe al consumo de estupefacientes– e ideológicas –los delincuentes son habitantes de villas de emergencia–. Suelen ser las elaboraciones más pobres, muy ligadas a estereotipos y carentes de sustento efectivo.

Como se observa, intentar imputar una causalidad, simple o múltiple, resulta siempre equívoco. Se trata de un fenómeno complejo, que indudablemente interactúa con otros factores, pero tiene su especificidad. Cualquier intento de encontrar una y varias causas que de manera independiente determinen el miedo social. Se lo puede estimular o atenuar, pero nunca generar o extinguir.

No obstante su origen difuso, hay que señalar también el otro extremo del fenómeno; existen los beneficiarios directos del miedo social: la gran industria de seguridad, compuesta por los fabricantes y comerciantes de aditamentos específicos –cámaras, rejas, sensores, detectores de distintos tipos, drones, etc.–, y por las empresas llamadas de seguridad²³ y otras que lateralmente se benefician del fenómeno, como los emprendimientos inmobiliarios de barrios “cerrados”. A estas deben agregarse las que se especializan en

desarrollos biométricos, que están en pleno auge –en 2012 generó unos 7.200 millones de dólares (Singer, 2014)–. Todo esto constituye un núcleo de sensaciones que han sido atrapadas por el capital, con lo cual ha cobrado una nueva dinámica, la que nos sitúa en un nivel de análisis distinto, pues debe incorporarse la lógica mercantil, que tiene sus propias leyes.

Conclusión

El miedo es un fenómeno natural en la especie animal; hace a su autopreservación. En tal sentido, es un atributo positivo. Los grupos humanos experimentan, además, un miedo social, o de “segundo orden” o “derivativo”, que tiene una vinculación indirecta con el primero, con sus propias dinámicas y lógicas reactivas. En tanto social, no escapa a las regulaciones propias de otros fenómenos incorporados en la lógica capitalista.

Sobre este segundo tipo de miedo es que actúan científicos sociales con distintos fines, sea mitigándolo, sea excitándolo, a partir de lo cual aparecen conductas visiblemente no racionales –aunque razonables en el marco que hemos analizado–, como el caso expuesto al inicio. Tanto el mercado comercial como el político son escenarios de estas influencias, aplicando técnicas comunes aunque con fines específicos diferenciales. El mantenimiento y acrecentamiento del poder de las estructuras gubernamentales y del capital demandan estas intervenciones. Los científicos sociales –sin emitir juicio de valor sobre la actividad de cada uno– debemos actuar sin ingenuidad. Es un mínimo exigible para quien ostenta como profesión dedicarse al cultivo de una ciencia.

²² De acuerdo a la encuesta de victimización elaborada por el Laboratorio de Investigaciones Sobre Crimen, Instituciones y Políticas, de la Universidad Di Tella, la variación entre septiembre de 2013 y el mismo mes de 2014 es el 0,1%, un valor carente de significación estadística. En línea, en http://www.utdt.edu/ver_contenido.php?id_contenido=968&id_item_menu=2156 [consultado el 13/11/14]

²³ Solo en la ciudad de Buenos Aires existen 449 empresas de seguridad privada registradas. http://www.buenosaires.gob.ar/areas/seguridad_privada/pdf/dt_22Ago2013.pdf, [consultada el 22/8/13].

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (2007). *Miedo líquido*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- CAPANNA, P. (2006). *Historia de los extraterrestres*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- CLAUSEWITZ, K. (2005). *De la guerra*. Madrid: La esfera de los libros.
- DE MARCO, M. (2010). *La guerra de la Frontera*. Buenos Aires: Emecé.
- FOUCAULT, M. (1990). *Historia de la locura en la época clásica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- FREUD, S. (1991). "Tótem y tabú" en: Freud, S. *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu, tomo XIII.
- FREUD, S. (1993) "Psicología de las masas y análisis del yo" en: Freud, S. *Obras completas*. Buenos Aires, Amorrortu, tomo XVIII.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2013). *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica.
- HOBBS, Th. (1999). *Leviatán*. Madrid: Alianza.
- KESSLER, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LABORIT, H. (1986). *La paloma asesinada. Acerca de la violencia colectiva*. Barcelona: Editorial Laia.
- LEMOZY, S. (2004). "The intelligence research process as an applied science" en: Swenson, R. and Lemozy. S (comps.) *Intelligence Professionalism in the Americas*. Washington: Center for Strategic Intelligence Research.
- MÜNKLER, H. (2005). *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI.
- NEWCOURT-NOWODWORSKI, S. (2006). *La propaganda negra en la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Algaba Ediciones.
- NIEVAS, F. (2011). "Los medios de la política y la política de los medios" en: Salazar, M. (comp.) *Los medios y la política: relación aviesa*. Buenos Aires, Elaleph.com
- NIEVAS, F. y BONAVERA, P. (2010). "El miedo sempiterno" en: Nievas, F. (comp.) *Arquitectura política del miedo*. Buenos Aires: Elaleph.com
- PACKARD, V. (1966). *Las formas ocultas de la propaganda*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SCRIBANO, A. (2008). "Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina". *Intersticios Revista sociológica de pensamiento crítico*. Universidad Complutense de Madrid, Vol.2, Nº 2.
- SCRIBANO, A y VERGARA MATTAR, G. (2009). "Feos, sucios y malos: la regulación de los cuerpos y las emociones en Norbert Elias" en: *Caderno CRH*. Salvador, vol. 2, Nº 56, pp. 411-422.
- SINGER, N. (2014). "No olvidar nunca una cara" en: THE NEW YORK TIMES INTERNATIONAL WEEKLEY, suplemento de *Clarín*, 7 de junio, pp. 1 y 4.
- SMITH, A. (2010). *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- TILLY, Ch. (1993). *Coerción, capital y los Estados europeos. 990-1990*. Buenos Aires: Alianza.
- WALLERSTEIN, I. et. al. (2006). *Abrir las ciencias sociales*. México D.F.: Siglo XXI.
- WINER, T. (2009). *Legado de cenizas. La historia de la CIA*. Buenos Aires: Debate.

Citado.

NIEVAS, Flabián (2014) "Miedos: ¿Cuál es el peligro?" en Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES, Nº16. Año 6. Diciembre 2014 - Marzo 2015. Córdoba. ISSN: 1852.8759. pp. 56-65. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/352>

Plazos.

Recibido: 20/10/2014. Aceptado: 30/11/2014.